

De la guerra y la política

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Capitán de fragata

Analista del IEEE

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Pensamiento y Moral Militar



En el mundo actual parece como si el progreso material y tecnológico debiera ir acompañado de unos estándares de moralidad más altos. Belleza ética y poder material se demandan y satisfacen mutuamente; de hecho, en no pocas ocasiones se presentan cogidos de la mano, como sí a mayor desarrollo debiera corresponder necesaria y justamente una mejor respuesta moral, una ética superior. Y eso no es así, lo que corresponde es solo una mayor sofisticación. Como sostenía Paul Valery, el grado de civilización se reconoce en el número de

contradicciones que acumula (B.H. Liddell Hart. *Estrategia: la aproximación indirecta*. Ministerio de Defensa, Madrid 1989, p. 19).

En el mundo del siglo XX, un siglo al parecer ordenado, fue con sus 187 millones de muertos (Eric Hobsbawm. *Guerra y paz en el siglo XXI*. Editorial crítica, Barcelona 2007, p. 1) el siglo de la violencia, frente a un desordenado siglo XIX que «solo» dejó a 15 millones (Jorge Verstryngue. *Una sociedad para la guerra*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 1979, p. 153), o el XVIII que dejó millón y medio. El siglo XXI ha vuelto al desorden, a la inseguridad. El actual milenio ha traído consigo nuevamente la guerra, quizá con otra máscara.

La guerra fundamentalmente es violencia organizada. Es decir, exige para su concreción una organización de la violencia hasta el punto de que solo puede existir guerra si existe una organización que sea capaz de administrar la violencia. Es más, lo militar surge después de que aparezca la guerra y no antes y surge como respuesta a ella. La guerra, puesta en práctica por una organización armada, dota a la violencia de un sentido, un ritmo y una intensidad en una dirección concreta fijada por la política. Pero, ¿es la guerra solo violencia? A la guerra sin violencia, Clausewitz la definía despectivamente como «un asunto propio de brahmanes» (Carl Von Clausewitz. *De la guerra T II*. Ministerio de Defensa 1999, p. 552). Mahatma Gandhi con su *Aimsha*, practicaba una estrategia basada en la no violencia –lo que no la hacía pacífica– y la no acción, con las que se buscaba el colapso de las estructuras del Estado

colonial en la India y con ello su derrota. Y es que la guerra es ante todo un choque de poderes, de voluntades, más que un choque de violencias y encarna una actitud, un enfoque hostil hacia otro colectivo, que puede materializarse mediante medios violentos que se suman a otros que no lo son necesariamente y que pueden ser incluso más relevantes para su finalidad.



Por eso las doctrinas militares modernas han tenido que recurrir a conceptos como la guerra híbrida para poder explicar una actitud de confrontación que no se materializa solo en el plano militar con violencia; la pugna se desplaza hacia otros ámbitos como la opinión pública, la economía, los medios de comunicación, las redes sociales, donde la parte más débil puede moverse incluso con superioridad, al menos temporalmente, infiriendo daño al más fuerte. De hecho, si en un conflicto la parte más débil acepta las reglas que le impone la parte más fuerte, su lucha acabará inevitablemente en derrota, por lo que tiene que imponer sus propias reglas, las reglas del más débil aparentemente.

La guerra no es solo un concepto jurídico; sus límites son imprecisos en la medida en que no los marca necesariamente la violencia, sino la voluntad política. El término guerra tiene acepciones que van desde el campo político-social, al cultural, hasta el individual y moral. La guerra es fundamentalmente un concepto político y jurídico a un tiempo lo cual lo hace particularmente peligroso, la violencia solo es un medio.

Es cierto que la guerra puede plantearse en términos militares, pero experiencias de guerra en el siglo XX prueban que no siempre es así, que la victoria, la resolución militar del problema, no tiene que encontrarse en relación directa con la paz, su resolución política, y ese es precisamente el problema.

La guerra también puede verse en términos económicos, pero el comercio, la política e incluso la guerra, son una parte más de las relaciones humanas (José García Caneiro. *La racionalidad de la guerra*. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 2000, p. 91). Puede plantearse como una forma de comercio sangriento, pero en la mayor parte de las ocasiones resulta anti económica. Un buen ejemplo de ello fue la Primera Guerra Mundial cuyas causas se siguen discutiendo 100 años después. Corelli Barnett llega a afirmar al respecto que «*la Primera Guerra Mundial tenía causas, pero ningún objetivo para la mayoría de las potencias implicadas, solo Austria lo tenía; ninguna de las demás había formulado ningún objetivo inteligible por el que luchar*» (Correlli Barnett. *Las riendas de la guerra*. Ediciones Ejército, Madrid 1989, p. 13.).

La guerra es esencialmente jurídica, pero no solo. EEUU hasta 2005, ha utilizado la fuerza en 220 conflictos y solo ha declarado la guerra en cinco. Y es que la guerra es ante todo un enfrentamiento de poderes, un choque de voluntades en todas sus dimensiones. No es un

acto ético, ni justo, ni económico, ... ni siquiera militar. Es por encima de todo un «acto político de gestión del poder», de modo que cualquier análisis que se realice sin tener en cuenta este hecho, es incompleto y erróneo. Como dijera Mao en una frase para recordar: *«la guerra es política con derramamiento de sangre y la política es guerra sin derramamiento de sangre»*.

La sustitución de la victoria –su resolución militar– por la paz –su resolución política– se convierte en prueba de que la guerra es una opción política más. Es la política la que en última instancia fija los límites, las restricciones, las reglas, las condiciones de la guerra. Los límites los imponen los objetivos políticos, aunque ciertamente están condicionados por las opciones que hacen posibles los medios militares. Si la política no fija los límites de la guerra, la guerra será total, caerá en la barbarie y se tornará absurda (Andrés González Martín, et al. *Evolución del pensamiento estratégico X* Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas).

La guerra cuenta con una lógica de transformación, paradójica. Solo resulta posible su comprensión intuitiva: por eso se habla del «arte de la guerra» (Qiao Liang y Wang Xiangsui. *Unrestricted warfare*. PLA Literature and Art Publishing House 1999, p. 215). Además, la lógica paradójica hace que, muchas veces, quienes en un primer estadio forman parte del problema, pasan a integrarse finalmente en la solución. En palabras de Lidell Hart: *«cuanta más fuerza se invierte, más aumenta el riesgo de que el equilibrio de la guerra se vuelva en contra...cuanto más brutales son las acciones, más resentidos estarán los enemigos, con lo que endurecerán la resistencia que se trata de vencer.... cuanto más se intenta tratar de imponer una paz...mayores son los obstáculos que surgirán en el camino...la fuerza es un círculo vicioso, una espiral»*.

Por su complejidad la guerra se conduce a diferentes niveles. La táctica proviene de un sentido, el tacto; es el nivel de la interacción entre fuerzas, del contacto. La estrategia se sitúa en el ámbito de la decisión, está ligada a otro sentido, la vista, la visión, con él puede apreciarse el teatro de operaciones en su conjunto, como visión global. El nivel político está relacionado con el debate, y éste ligado al oído y al lenguaje (Alonso Baquer, Alonso. *«Conferencia Modos y Modelos Estratégicos» X* Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, septiembre 2008). Cada uno de estos niveles tiene sus propios objetivos. El nivel político pretende la paz, el nivel estratégico la victoria, y el nivel operacional o táctico, conquistar sus objetivos. Estos objetivos tienen que encontrarse sincronizados, pero solamente cobran su sentido a nivel político.

Tampoco existe una sincronía entre los tiempos político y militar, resultando muchas veces extremadamente dificultoso su establecimiento y además pierden su sincronización a lo largo del desarrollo del conflicto lo que obliga a un permanente volver a empezar. Y eso es crítico. Qiao y Wang consideran como principios básicos de la guerra moderna, el permanente reajuste y control de los procesos, la coordinación multidimensional y una sincronización basada en la gestión de la información. (Qiao Liang y Wang Xiangsui. *Unrestricted warfare*. Opus citado, pp. 207 y ss.). Fruto de la lógica paradójica de la guerra,

actuaciones tácticas pueden tener graves consecuencias políticas. Y lo que es bueno a nivel táctico, operacional o incluso estratégico puede ser nefasto a nivel político. La guerra del político es diferente de la del militar; para uno es la prosecución de la política, mientras para el otro es la destrucción de las fuerzas que se opongan a sus objetivos (Verstrynge, Jorge. *Una sociedad para la guerra*. Opus citado, p. 142).

Cuando Clemenceau decía que «*la guerra es un asunto demasiado serio para dejárselo a los generales*» o cuando Ludendorff pretendía que «*la política se subordinase a la guerra*», ambos reconocían implícitamente haber fracasado. Clemenceau, al no ser capaz de reconducir las fuerzas que había desatado y resolver el debate político paralelo a la guerra. Y Ludendorff por su incapacidad para resolver el paradigma que había estancado el conflicto. Hitler fue un político que intervino en el nivel militar actuando de forma poco congruente con sus propios fines políticos, ignorando la estructura militar que manejaba. Napoleón fue un militar que no supo resolver el debate político que la Revolución había planteado en Europa y que solo provocó una sucesión de guerras. Napoleón tuvo ventaja hasta que sus enemigos –por el principio de acción recíproca– aprendieron de sus errores. Su principal equivocación fue confundir los niveles político y estratégico, al condicionar la política a la estrategia militar, con lo que provocó una interminable sucesión de coaliciones en su contra que al final acabaron por superarle. En consecuencia, Napoleón fue incapaz de relacionar los éxitos tácticos, operacionales, con el objetivo final de la guerra y ésta con su contexto económico, político y geopolítico (VV.AA. «*Napoleón y sus intérpretes: Jomini y Clausewitz*» Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia).

Los griegos del mundo clásico presentaban la guerra en toda su extensión y crueldad, no trataban de justificarla; sus héroes no encarnaban solo la parte noble de una visión maniquea, sino que aunaban gallardía y vileza a la vez. En el siglo XXI volvemos a esos mismos parámetros. Todo cambia para que realmente nada lo haga.